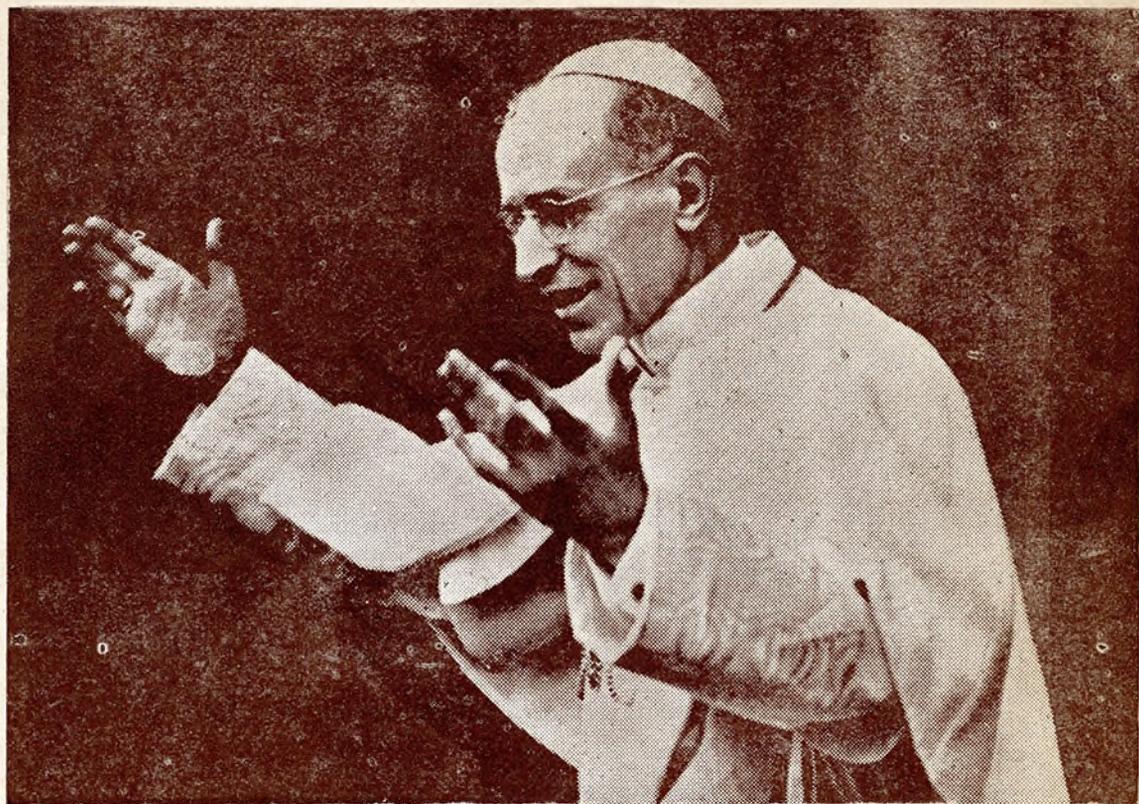


Antonio Hernández C. M. F.



ELOGIO FUNEBRE DE S. S. EL PAPA PIO XII

Pronunciado en la iglesia de N. S. del Pilar de los Religiosos Escolapios, el día 19 de Octubre de 1958, en Santiago de Chile.

Ofició de Pontifical el Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Don Sebastián Baggio, Obispo Titular de Efeso y Nuncio Apostólico.

Asistió el Excmo. Dr. Don José María Doussinague, Embajador de España y el personal de la Embajada en pleno.

Organizó el acto la Acción Católica Española en sus diferentes ramas, invitando al mismo a los connacionales.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico.

Excmo. Sr. Embajador de España y personal de la Embajada.

Venerables Sacerdotes, Religiosos y Religiosas.

Señores Presidentes de la Acción Católica e Instituciones españolas.

Hermanos míos todos muy amados en Jesucristo.

I

España, cuyo recio cristianismo nadie, en justicia, podrá impugnar, y cuya devoción al Vicario de Cristo en la tierra, corre como nota sobresaliente que la especifica entre millares de pueblos, a través de las páginas inmortales de su historia; no podía faltar en esta ocasión en la que el mundo todo sin distinción de credos políticos o religiosos, de razas o de naciones gime, apesadumbrado, ante la fatal y cruel realidad de la muerte de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII.

Y aquí estamos los españoles con el Excmo. Sr. Embajador de España y sus distinguidos colaboradores de Embajada al frente, congregados junto al altar para desahogar, en parte, nuestra aflicción ante desgracia tanta —desgracia universal—, y en parte, para elevar nuestras oraciones, humildes y agradecidas, ante el Padre celestial por aquel que tan sinceramente amó a España.

Y no puede ser de otra manera.

Porque España, que tanto ha hecho por dilatar el Reino de Cristo por el mundo entero y más en concreto acá en Hispanoamérica —prueba inequívoca de su inquebrantable adhesión a la Silla de Pedro— siente a par de muerte en la misma entraña de su ser, tanto religioso como patriótico, el deceso de Pío XII.

Y esto, no sólo por un motivo de racial herencia que los españoles llevamos enraizada en la misma esencia del alma, sino también por aquello de que gratitud obliga y a nosotros no nos es lícito echar al olvido las innumerables pruebas de singular y tierno afecto que el Papa Pío XII siempre nos ha prodigado.

Si pudiera decirlo sin ofender a nadie, yo afirmaría que Pío XII nos pertenece.

Se nos entregó él mismo.

Pues aun no se ha extinguido en el espacio el eco de aquel grito que en ocasión memorable en la Basílica de San Pedro en Roma lanzara una nutridísima peregrinación española al violento empuje de su espíritu religioso patriótico: “¡España para el Papa...!” “¡España para el Papa...!”

Que fue coreado por Pío XII con la sonrisa en los ojos y con el alma llena de emoción en los labios: “¡Y el Papa para España...!”

II

Su figura moral, de por sí superdotada, se irá agigantando más y más a medida que los tiempos vuelen distanciándonos de ella. Pues será imposible que el polvo del olvido la borre de la memoria de los hombres creyentes o no creyentes. Ya que su vida, pletórica de sabiduría y santidad, ha tenido en suspenso admirativo al mundo entero durante su largo Pontificado.

Pío XII es la expresión ética de aquellas palabras que los Evangelistas escribieron por vez primera al contemplar la obra divina de Jesucristo cargada de bondades: “Pasó por todas partes haciendo el bien”. “Pertranxit benefaciendo”.

Que eso fue la vida toda del Soberano Pontífice cuyo deceso lamentamos: un reguero sin fin de actividades ordenadas sin excepción a hacer el bien a la humanidad, sin distinción de razas o nacionalidades.

Porque arrancando ellas, como arrancaban, de la caridad sobrenatural que ardía en su pecho, en la caridad se desenvolvían y en la caridad se consumaban. Y es sobra-

damente sabido que para la caridad arraigada en Dios no existe, como enseña San Pablo, ni griego ni gentil, no reconoce, ni excepciones de personas, ni acepciones de ninguna índole.

Por eso, anticipándose —aunque respetándolo sincera y humildemente— al juicio inapelable de la Esposa de Jesucristo; las gentes, cuando del Papa Pío XII hablan, no saben decir de él otra cosa que esta: “¡Es un santo...!”

Sin duda.

Pero un santo plasmado en el fragor de una actividad universal asombrosa y sin segundo, tanto en el ámbito de la intrincada y por demás difícil diplomacia de esta primera mitad del siglo XX —quizá como ninguna otra en tiempos anteriores difícil—: como en esos otros detalles mínimos, si se quiere, que han revolucionado ciertas costumbres seculares eclesiásticas o prácticas litúrgicas de la Santa Iglesia que se las creía inamovibles por venir patinadas por el peso imponderable de los siglos.

Esto engarza en su corona la piedra preciosa de un Pontificado al día, quiero decir, renovador, perenne.

“Es el Papa —ha escrito el Emmo. Cardenal Pla y Deniel, Primado de España— ardiente promotor de las misiones en su “*Evangelii Praecones*” y “*Fidei Donum*”; se ha preocupado de los emigrantes y del apostolado del mar; de las naciones, que de colonias han pasado a ser naciones independientes o aspiran a ello. Ha urgido el apostolado seglar, anhelando un “mundo mejor” con la conjunción del apostolado sacerdotal y el seglar, encomendando a este último la “*consecratio mundi*”. Pío XII se ha afanado por esta “*consecratio mundi*”. “*Pastor Angelicus*”, con optimista mirada angélica, en cada profesión, en cada invento ha visto su parte buena y como debían servir para llevar a los hombres a Dios y a una verdadera fraternidad entre sí. Por eso, es el Papa de la “*Miranda prorsus*”, sobre la radio, el cine y la televisión; pero previene, a la vez, de los peligros y mala utilización de estos progresos. Es el Papa del equilibrio mental y espiritual. Por ello, sobre todo en estos últimos años, ha compuesto oraciones para los padres y los hijos, las doncellas y los maestros, para los presos y los diputados y políticos...” (Publicado en la Revista *Ecclesia* de Madrid. Nº 900, correspondiente al sábado 11 de Octubre de 1958.)

La actividad que en él parecía ser una virtud congénita y sustancial lo coloca, entre los humanos de todos los tiempos, en un plano de excelencia insuperable.

Tanto es así, que, cuando tuvo aquella enfermedad que

le puso al borde de la muerte, en la que Jesucristo se le hizo visible, sanándole de la misma; cuando los médicos o doctores pretendieron imponerle un cese forzoso de sus actividades, él les contestó que, en ese caso, prefería renunciar a la dignidad papal. Y lo hubiera hecho.

Sólo así puede explicarse la trayectoria de su existencia, tan amplia y universal, salpicada de infinitos matices, tratados todos ellos, no de una manera somera o de superficie, sino a fondo y acabadamente.

Que Pío XII nada hizo a medias. Gustaba de las cosas perfectas. Se daba al deber por entero. Y su quehacer puede decirse que fue siempre de carácter universal. La luz de su inteligencia y el fuego de su caridad estrecharon entre sus brazos a la humanidad entera.

III

Salta, pues, al palenque de la vida diplomática cuando el mundo arde en odios y el Papa Benedicto XV lo manda como Nuncio Apostólico a Munich. Empezando entonces para él una carrera extremadamente dura, en la que le será forzoso poner en juego el enorme acervo de cualidades de toda índole —sin excluir las de una diplomacia perfecta— que le adornan, siéndole propísimas, para conseguir la paz mundial. Que no obstante su decidido empeño y clara inteligencia, no logra, porque las pasiones de los pueblos estaban ardiendo al rojo vivo.

El imperio alemán se desploma al ser vencidos sus soldados por el ejército de los aliados.

Hindenburg asume el gobierno de Alemania destronado el Emperador Guillermo II. Y al Nuncio Pacelli, le toca, al lado del Canciller de Hierro vivir la vida, en extremo angustiosa, de ese gran pueblo alemán que sufrirá dos tremendas y desastrosas derrotas en dos guerras, casi enlazadas la una con la otra, sin precedentes en la historia de la humanidad.

De donde saca Pío XII una experiencia enorme consolidándose su esfuerzo titánico —a pesar de los pesares— por lograr una paz mundial firme y cristiana, que a nadie humille y a todos satisfaga.

Esfuerzo que se agiganta cuando, al retirarse en Febrero de 1930, el Emmo. Cardenal Gasparri de la Secretaría de Estado del Vaticano, fue ésta puesta por el Papa Pío XI en manos del ya Cardenal Pacelli.

Puesto desde el cual forcejeará en forma incansable por librar a los pueblos del horroroso flagelo de la guerra.

Forcejeo que adquiere caracteres heroicos cuando la Divina Providencia, a la muerte de Pío XI, coloca sobre sus sienes la Tiara Pontificia.

Su norma será la misma del Soberano Maestro —la Paz—. Cuando Éste aparece en el mundo sobre un pobre y humilde pesebre, los ángeles anunciaron la misión que ese Niño traía al mundo: “Gloria a Dios, cantaron, en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”. Y las últimas palabras que el Divino Reparador pronunció a sus Discípulos, al despedirse de ellos, fueron estas: “Mi paz os doy, mi paz os dejo”.

La paz de los pueblos será la obsesión —santa obsesión— de su largo Pontificado.

Nadie en el correr de la historia humana —y creo decir una verdad irrefutable— ha trabajado tanto como Pío XII por la paz entre los hijos de un mismo padre, que es Dios.

Su lema es ese: la justicia y la paz; pero engarzadas por la caridad.

Benedicto XV, que fue un gran Pontífice, aunque su reinado fuese tan breve, sentó principios pacifistas, ante los horrores de la primera guerra mundial, verdaderamente inamovibles. Principios que Pío XII hace suyos en su Encíclica —la primera de una serie monumental— “Summi Pontificatus”, de 20 de Octubre de 1939.

Desde entonces, día tras día, en discursos y alocuciones a toda clase de personas, sin descuidar la actividad diplomática, es un incansable forjador de la paz entre los nombres.

Sus mensajes de Navidad pasarán a la historia, no sólo por su contenido doctrinal sólido y macizo, sino como la expresión ática de un corazón paternal que sólo ansía la paz de sus hijos para su mayor bien y progreso.

“In charitate, justitia et pax”, dice.

O sea: el amor crea la justicia y el amor la conserva.

Esa la sustancia del programa del Papa Pío XII en la famosa Encíclica primera de su Pontificado que tuvo resonancias mundiales por responder ajustadamente a las necesidades del momento. Momentos de angustia que se han venido prolongando hasta hoy, por desgracia.

Pero ahí queda flotando en el ambiente internacional y penetrando como un dogma en la Sociedad de las Naciones, que hay que acatar, so pena de provocar nuevas catástrofes bélicas internacionales, esta frase lapidaria de Pío XII: “La espada no crea la paz”.

Frase que pasará a la historia.

Esta invariable posición de Pío XII no hay quien no la pondere reconociéndola con franqueza.

El más alto tribunal de la paz mundial, la O.N.U., a coro, por labios de uno de sus miembros —alabando su labor pacificadora universal— le proclama “Dirigente de la Paz”, cuya influencia en el mundo ha servido grandemente a la causa de la conciliación internacional a la cual la propia Organización de las Naciones Unidas está dedicada.

Otro de sus miembros exclamó, admirado: “En una generación afligida por guerras y disturbios, Pío XII mantuvo los más altos ideales de paz y compasión” (Golda Meir, Ministra Israelí de Asuntos Exteriores).

El mismo Jefe de este organismo internacional expresaba en sesión plena: “Inclino mi cabeza con dolor por la muerte de este gran Jefe de la Humanidad, este Jefe de la Iglesia Católica, este santo. El mundo entero sentirá su pérdida”. Y el Secretario de la O.N.U. añade: “Fue un formidable luchador de la paz, cuya radiante fe, desbordante corazón y profunda sabiduría le dieron una influencia única”. (Dag Hammarskjöld.)

Ni más ni menos.

“El mundo es hoy —dice otra figura internacional de enorme relieve, el Presidente de los Estados Unidos, Eisenhower —más pobre como consecuencia de la muerte del Papa Pío XII. Su vida estuvo llena de devoción a Dios y de servicio a sus semejantes. Enemigo informado y elocuente de la tiranía, fue un amigo benévolo y un benefactor de los oprimidos, y su mano auxiliadora fue siempre rápida para ayudar a las infortunadas víctimas de la guerra. Sin temor ni preferencias, defendió constantemente la causa de una paz justa entre las naciones de la tierra. Hombre de profunda visión, se mantuvo a la altura de un universo rápidamente cambiante, pero nunca perdió de vista el destino eterno de la Humanidad. Lamento con los hombres de buena voluntad de todas partes su desaparición.”

A lo cual añade el Vicepresidente de esta gran nación del Norte: “Fue —dice— uno de los primeros defensores de la libertad, la paz y la dignidad humana. La sabiduría de sus consejos guiará a los hombres de Estado durante los años venideros. Nunca he encontrado en ninguna parte del mundo un dirigente que tuviera una comprensión más aguda y amplia de las grandes cuestiones de nuestro tiempo”. (Mr. Nixon.)

IV

De aquí, su catolicidad.

Consecuencia lógica de su prestigio conquistado en rigor de justicia gracias a su virtud, a su ponderada inteligencia, a su exquisita prudencia y a su caridad inagotable.

Toda su actuación en la última conflagración pasada; sus alocuciones y radiomensajes frecuentísimos dirigidos al mundo entero; la afluencia diaria al Palacio Vaticano de los elementos más representativos de todas las clases sociales; la vibración universal que adquiere cualquiera de sus intervenciones o decisiones pontificias; la resonancia trascendente de sus Encíclicas y fundamentales discursos doctrinales; el gobierno eclesiástico y las intensas relaciones internacionales...; todo esto destaca en forma clarísima y pone en alto relieve la indiscutible y efectiva catolicidad del Pontificado de este Papa que acaba de morir.

Pocas veces —terminamos de leer— ha presenciado la Historia una compenetración tan ajustada entre una persona y una institución. Políglota, íntimamente cercano de cada hombre —fuese éste Cardenal o monaguillo, estadista u obrero, religioso o librepensador— Pío XII ha sido un Pentecostés permanente en el más rico esplendor de los carismas. Vio pasar ante sí más rostros humanos que ningún otro predecesor, barajó todos los problemas del planeta y del siglo, representó a Dios en toda situación de su existencia complejísima. Luminoso, certero, abierto, firme, Pío XII queda ante los siglos como un gran arquitecto del reino de los cielos"... (Revista Ecclesia. Editorial. N^o 900, correspondiente al sábado, día 11 de Octubre de 1958.)

Por eso, algunas de sus fechas aniversarias —como, por ejemplo, al cumplirse los veinticinco años de su ordenación episcopal— el mundo entero se puso en pie con fervida reverencia para escuchar el radiomensaje que el 14 de Mayo de ese año 1942 pronunciaba Pío XII y transmitían las ondas de la radio a los más apartados confines de este nuestro planeta.

Era el documento doctrinal del Maestro y el Doctor de la Humanidad. El contacto del dulce Cristo en la tierra con sus hijos repartidos "urbi et orbe".

Fue entonces —y no olvido que hablo principalmente en esta ocasión a españoles— cuando España en masa, el famoso 14 de Mayo en referencia, entonaba, en sus mejores catedrales —¡tan estupendas y maravillosas...!— lo mismo que en los más pequeños y modestos templos pueblerinos,

el himno de la gratitud cristiana, el Te Deum, como si se tratase de un personaje netamente español.

Haciéndolo el Caudillo de la nación española con sus Ministros en pleno en la gran Plaza de la Armería de Madrid junto al Palacio Real, donde se alzó, para el solemne oficio, un lujoso y monumental altar, realzando el acto las voces argentinas de sesenta mil niños españoles.

Acto de adhesión que se repite en el mundo entero cuando el famoso bombardeo de Roma —de la Roma de sus amores— que Pío XII defendió en esos meses con las energías de un verdadero titán por lo que su destrucción significaba para el cristianismo y la civilización occidental. Haberlo de la segunda guerra mundial.

Fue así mismo en esta ocasión cuando se le vio salir del Vaticano con el corazón oprimido por el más amargo de los dolores y encaminándose con paso acelerado hacia la Basílica extramuros de San Lorenzo, en donde está sepultado otro gran Pontífice, Pío IX. Basílica que había sido alcanzada por una bomba destruyendo gran parte de la misma...; se le vio, digo, caer allí de rodillas en actitud dolorida cuajada de angustia y rogar por sus hijos y por su querida Roma, ardiendo en fe y esperanza...

Roma, y, a través de los romanos, el mundo cristiano no olvidarán jamás este gesto del gran Pontífice, Romano de nacimiento y de corazón y católico por su elevado espíritu...

El Papa que se nos ha ido para siempre encarnaba toda una figura de tipo universal, es decir, católica. Y por eso, también en esta oportunidad el mundo entero le rindió un sentido homenaje de adhesión y reconocimiento a su virtud y a su celo ardoroso. Los telegramas que se recibieron en el Vaticano por causa de este vergonzoso bombardeo formaron una verdadera montaña.

A su muerte la tierra toda vistió de luto...

V

Pero quizá uno de los perfiles que más destaca en este hombre de extraordinaria acción, sea el de su magisterio.

Creemos que la posteridad le ha de reconocer unánimemente no sólo como "Pastor Angélico", que lo fue sin duda alguna, sino también como "Maestro de la Humanidad".

En este aspecto, su grandeza es francamente abrumadora y deslumbradora.

Ha pronunciado discursos con profusión asombrosa sobre toda índole de materias, religiosas o profanas y a toda clase de personas. Siempre en tono claro, preciso, técnico. Lo que supone en él una cultura universal. Nada se escapa a su memoria y a su talento enorme.

Refiriéndose a este acentuadísimo perfil de su tan deslumbradora figura, ha dicho un escritor del día: “Sólo hago una referencia a ese denso y para siempre vivo enquiridión de moral profesional” de Pio XII, que lo fue dictando a lo largo de sus diecinueve —casi veinte— años de Pontificado. Fríos los mortales despojos del Pontífice extinto, su palabra, su voz, sus enseñanzas continuarán latiendo, cálidas y humanas, en las preocupaciones de conciencia de cuantos se enfrentan en la vida con una actividad que les permita vivir y dar provecho a la sociedad en que se mueven. Pio XII habrá de ser citado aún incontables veces en libros, revistas, periódicos, sermones, discursos, conferencias, charlas, diálogos y estudios” . . . (Revista “Ecclesia”. N.º 900, correspondiente al sábado 11 de Octubre de 1958.)

Nada raro.

Pues ha lanzado al mundo para su enseñanza: 41 maravillosas “Encíclicas”, y, contando al vuelo, temiendo quedarnos cortos, ha pronunciado a sólo profesionales —profesionales de todo esfuerzo y disciplina —557 discursos. Y nada digamos de sus “radiomensajes”, que son tantos y entre ellos 61 dirigidos directa y expresamente a los españoles.

En esto, ha marcado una línea de tanta elevación que nunca antes se había registrado en Pontífice alguno y quizá tarde mucho tiempo en repetirse.

Maestro, sostenemos, de la Humanidad, tanto cuando habla en sus solidísimos discursos o radiomensajes al Colegio Cardenalicio, como cuando lo hace a los predicadores de la Cuaresma en Roma, o a los nuevos Embajadores ante el Vaticano, o en diversas circunstancias, como congresos de toda ciencia o arte, sin excluir a los deportistas . . .

Pero, sobre todo, se presenta ante el mundo como Maestro por antonomasia en sus imponderables Encíclicas y en algunos de sus discursos o alocuciones en los que establece los puntos fundamentales del dogma y la moral cristiana.

Las Encíclicas “Summi Pontificatus” sobre los principios básicos de la sociedad, que fue la primera que brotó de su pluma . . .; la segunda sobre el “Cuerpo Místico de Cristo”, “Mystici corporis”, asombro de ciencia teológica y patristica en la que nos da una visión sublime de la Iglesia . . .; la “Divini aflante Spiritu”, en la que fija normas precisas sobre el estudio de la Sagrada Escritura . . .; la

“*Orientalis Ecclesiae*”, en la que propicia con celo fervoroso la unión de las Iglesias...; el Discurso de Pentecostés de 1941, con motivo del quincuagésimo aniversario de la “*Rescriptum Novarum*” del inmortal León XIII acerca de la intrincada cuestión social...; y demás discursos —tantos y tan a fondo llevados— ...; son como faros luminosos que orientan a los hombres en la solución de los difíciles problemas del día...

Claro que no podemos enumerarlos todos. Pretensión ésta fuera del marco en que nos movemos. Son, repetimos, 61.

Pero sería algo imperdonable que nos pasásemos por alto la Encíclica “*Fulgens Corona*”, en la cual proclama Pío XII como dogma de fe una verdad tan querida del pueblo cristiano en general y principalmente del español: La Asunción en cuerpo y alma de la Santísima Virgen al cielo.

Esta definición le ha inmortalizado, si no tuviera, como tiene, tantos otros títulos que le hacen acreedor a la inmortalidad en los fastos de la historia.

La declaración dogmática a la que aludimos y la consagración del mundo al Corazón de María —en particular de Rusia pidiendo su conversión— es la respuesta de Pío XII al famoso mensaje de la Celestial Señora en Fátima.

Gobernante y diplomático, orador de talla, asceta, hombre de permanente estudio y amigo franco y decidido de todo progreso moderno...; que pone a servicio de su elevada misión sacerdotal; le hace merecer, en rigor de justicia, el más acertado y verídico título de “Maestro de la Humanidad”.

¿Como San Agustín...? ¿Como San Ambrosio...? ¿Como San Juan Crisóstomo...? ¿Como San Cirilo de Alejandría...? ¿Como San Isidoro de Sevilla...?

Nos inclinamos a pensar que su perfil se acerca más al del Papa San León Magno que a ningún otro, precisamente por el tono de Maestro universal que se destaca en todos sus escritos.

VI

Y nos vemos forzados a omitir otros muchos puntos de vista de su colosal figura o materias que propulsa en su largo Pontificado con esa tenacidad y asombrosa competencia que le eran como congénitas...

Tales como su inagotable caridad durante la gran guerra...; la cuestión social...; las misiones...; el pueblo oriental...; el gobierno eclesiástico...; las relaciones inter-

nacionales...; la Acción Católica...; las Congregaciones Marianas...; la formación del clero y su espíritu...; las Congregaciones religiosas y su adaptación a los tiempos actuales...; el culto de los santos...; el fomento de los estudios...; porque no hay tiempo para ello...

Anotemos, sin embargo, como algo que pesa en su Pontificado —honrándolo sobremanera—: que llevó a cabo 35 Canonizaciones y 43 Beatificaciones; que tuvo a bien crear 56 nuevos Cardenales, o sea, 32 en el Consistorio del 8 de Febrero de 1946 y 24 en el del 12 de Enero de 1953; recibiendo, además, en audiencia, con el protocolo que esto significa, a 25 Jefes de Estado.

Me ciño, como se ve, a noticias esquemáticas.

VII

Pero hablando, como lo estoy haciendo, a un auditorio casi homogéneo de españoles, debo declarar que la muerte del Sumo Pontífice que entristece con dolor irreparable a tantos; nos apena de una manera especialísima a nosotros los que en España nacimos, porque él, el Papa Pío XII, conocio y admiro como nadie —haciéndonos plena justicia— la obra inmensa realizada por la nación española a través de su historia en el mundo entero y de una manera singular acá en Hispanoamérica a favor de la evangelización de las almas y de su elevación cultural en toda clase de disciplinas.

Por eso España viste en estos días de riguroso luto, por decreto del Jefe del Estado Español.

“Como testimonio, dice el tal decreto, del profundo dolor que la nación española siente por el fallecimiento de Su Santidad el Papa Pío XII, vengo en disponer:

“Se declaran diez días de luto nacional, desde la fecha hasta el 19 inclusive. Durante ellos, la bandera nacional será izada a media asta en los edificios públicos y buques de la Armada”...

Y luego el decreto manda otras manifestaciones de duelo profundo como suele hacerse cuando muere un Rey o Jefe Supremo de la nación Española.

Y no sin motivo.

Hablaba correctísimamente el español.

Entre España y Pío XII existió siempre una vibración común de simpatías y de afectos...

Y es cierto.

Cuando al actual Nuncio Apostólico en España, Monseñor Antoniuti le sorprendió en Roma la muerte de Pío XII,

voló a Madrid a transmitirle a los españoles las últimas expresiones de afecto aún calientes, por decirlo así, hacia ellos que había recogido de labios del Pontífice hoy muerto.

“Al decirle al Papa —son palabras del Nuncio en su radiomensaje a los españoles— que España entera lo amaba intensamente, él me contestó, afirma Monseñor Antoniuti, sonriendo: “Ya lo sabemos por experiencia. Los españoles nos dan siempre pruebas elocuentes de su fe y de su piedad”. Y agrega el Nuncio: Os trasmito estas palabras del Papa para que España las conserve como reliquia sagrada del amor de Pío XII, que en muchas ocasiones saludaba a los españoles con esta afectuosa expresión: “El Papa por España”.

Es verdad. Nosotros no lo dudamos. Porque en nuestros oídos resuenan permanentemente estas palabras que, brotadas de sus labios y pronunciadas en Abril de 1939 a una delegación de la Juventud Femenina de la Acción Católica Española; son para nosotros de un valor inapreciable.

“De España —dijo— ha salido la salvación del mundo.”

Y en aquel mismo mes de Abril, a sólo treinta días de subir a la Cátedra de Pedro, dirige a España un mensaje cuajado de amor que inyectó en España energías de inigualable satisfacción.

“La nación —dice— elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica, acaba de dar —se refería a la guerra de liberación— a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la religión y del espíritu”.

El primer “Año Mariano” que la Esposa de Jesucristo celebra en el correr de su Historia, lo abre Pío XII en persona. Pero lo hace, no en la monumental Basílica de San Pedro en Roma, sino en la Basílica de Santa María la Mayor, cuyas vinculaciones con España datan de remotísimos tiempos. Basílica en la que Pío XII celebró su primera Misa y cuya cúpula, como es sabido, fue dorada con el primer oro que los españoles trajeron de América, regalado por los Reyes Católicos Isabel y Fernando, al Papa Alejandro VI, de la familia española de los Borja.

Este amor a España no lo podía disimular el gran Pontífice.

Por eso, en sus radiomensajes a la nación española o a los pueblos hispanoamericanos —que fueron frecuentísimos durante su gestión pastoral como Soberano Pontífice de la Santa Iglesia— no desperdiciaba ocasión para destacar en

forma admirativa las gestas de nuestros mayores con una minuciosidad de detalles que no puede menos de sorprender a doctos y a menos ilustrados por el conocimiento exacto y preciso que demostraba tener de nuestra historia.

Y por qué no decirlo: España siente por este Pontífice una gratitud inenarrable por haber elevado al honor supremo de los altares, en calidad de Santos Canonizados, a San Antonio María Claret, a San José de Pignatelli, atajando la muerte su propósito de hacer lo mismo con la Madre Vedruna"; y en calidad de Beatas, a Manuela Torres Acosta, Vicenta María López Acuña y Rafaela María del Sagrado Corazón. . .

España le agradece, con gratitud eterna, a Pío XII sus "mensajes", tantos y tan ponderados.

Y en concreto, nunca podrá olvidar el que dirigió a la nación española a través del Primado de Toledo al finalizar nuestra guerra de liberación, en el que hace resaltar nuestra incondicional defensa de la fe hecha con tanto arrojo y denuedo y manifestada en el crecido número de mártires que ofrendaron sus vidas por Dios y por España.

Mensaje en el que le decía al Emmo. Pla y Deniel, entre otras cosas: "Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, queridísimos hijos, de la católica España, para expresaros nuestra paternal congratulación por la paz y la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y de vuestra caridad, probadas en tantos y tan generosos sufrimientos".

España no podrá olvidar su "mensaje" al Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona". Congreso en el que la nación, con su Gobierno a la cabeza, se volcó toda entera con la imponderable riqueza de su fe y de su carácter noble y opulento. Mensaje en el que Pío XII, ante aquellos millones de congresales de todo el orbe venidos, hizo el más fervoroso elogio que puede hacerse de un pueblo que en tantas ocasiones se ha jugado, sin reservas, por los intereses de la Santa Iglesia.

España no podrá olvidar jamás el radiomensaje de Pío XII a los trabajadores españoles del año 1951, en el que, a la par que los exhortaba a llevar con amor el pesado fardo de su labor, les ponía de relieve las egregias virtudes que de sus antepasados habían heredado y que eran, indiscutiblemente, una garantía de éxito cristiano y social en su ingente esfuerzo.

Como tampoco podrá olvidar el discurso que pronunciara en 1950 a una representación de la Sección Femenina Española, en el que trazó un retrato maravilloso de la mu-

jer de España y más en particular de la madre española, en la que se encuentran, según el sabio Pontífice, como resumidas todas las heroicidades que del sexo femenino cristiano puede la Esposa de Jesucristo reclamar.

España no podrá olvidar su exquisita benevolencia hacia el pueblo español puesta en evidencia en el Concordato últimamente firmado por ambas partes, la Santa Sede y el Gobierno nacional, del que el Cardenal Ottaviani ha dicho en conferencia pública de resonancia internacional, que es lo más perfecto en su género hasta hoy llevado a cabo. Concordato en el que el Sumo Pontífice, cuya muerte enluta nuestras almas, hace a la nación española concesiones de privilegio tomando en cuenta los enormes servicios de carácter universal prestados a la Santa Iglesia por sus hijos y por sus gobiernos.

España no podrá olvidar una anécdota al parecer intrascendente, pero que para nosotros los españoles tiene un significado de imponderable valor.

A saber.

Cuando hace sólo unos cuantos años se encaminaba hacia la Ciudad Eterna un nutrido grupo de dirigentes de Acción Católica de la Sección Femenina de nuestra patria, en el grupo iba una joven enferma, semiparalítica, por tener piernas y manos como agarrotados o retorcidos.

En la audiencia que Pío XII les concediera — a la que también ésta quiso asistir, aunque con innumerables dificultades— a la chica que iba en una silla de ruedas, los guardias palatinos la colocaron en primera fila.

Cuando el Papa, Pío XII, pasó por delante de ella, se detuvo y le preguntó con una ternura sobrehumana: “Hija mía, ¿has sufrido mucho...?”

“Mucho, Santo Padre. Pero quería verlo.”

Y al intentar ésta moverse para besar las manos de Pío XII, éste, acariciando con una enorme comprensión del caso las manos de la paciente, acercó sus labios a ellas, y, ante la admiración estupefacta de la concurrencia, las besó con ternura, mientras repetía: “¡Española tenías que ser...!”

Expresión que a nosotros los españoles nos honra y llena de noble y legítima satisfacción: “¡Española tenías que ser...!”

Quizá pensó Pío XII que, en el heroísmo de aquella joven, iba envuelta el alma española con su amor de siempre hacia la persona del Papa y premió ese amor de España a la Silla Apostólica besando con inenarrable ternura las manos de la joven enferma.

Ese, y no otro, el significado de la frase: “¡Española tenías que ser...!”

Españoles:

¡El Papa que tanto nos amaba ha muerto...!

VIII

Meditemos, para terminar, en estas palabras de la elegía pronunciada en la Basílica de San Pedro ante el cadáver de nuestro Santísimo Padre Pío XII al darle sepultura:

“Mientras la guerra azotaba implacable a casi todos los pueblos, él fue el único patrocinador de la paz sincera; el defensor de la ciudad de Roma; el más sólido consuelo de todos los sufrimientos.”

“Reprimió y condenó con inquebrantable fortaleza la propagación de todo error, llamando a los hijos descarriados al abrazo del padre para luchar por la verdad en la caridad.”

“Pastor angélico, condujo con celo infatigable el rebaño a él confiado a los pastos de la vida eterna.”

“Claro en el vigor de su pensamiento, penetrante en el razonamiento, despertó pensamientos elevados y honestidad de vida en pueblos de todas las lenguas.”

Que el celo de su ardiente caridad siga desde la gloria protegiendo a la Santa Iglesia y a todos sus miembros a fin de que también nosotros glorifiquemos a Dios en la tierra y podamos gozarle a la hora de la muerte en la región eterna de los cielos.

Así sea.

Antonio HERNANDEZ, c.m.f.



(Con las debidas licencias)

ESTA ORACION FUNEBRE SE PUBLICA
BAJO LOS AUSPICIOS DE LA ACCION
CATOLICA ESPAÑOLA DE SANTIAGO.